

La economía de mercado y la economía socialista. Perspectivas y fundamentos.

Por: Eduardo A. Gálvez.

Sin dudas, el siglo XX constituyó un tiempo de grandes tensiones políticas, económicas, sociales, tecnológicas y culturales. Y en el centro de todas ellas, el hombre, siendo el “sujeto sujetado” a las prácticas sociales que dan sentido a su existencia; siendo el “objeto del deseo” de las fuerzas que moldean los grandes procesos; siendo finalmente el protagonista reconstruido, olvidado y fragmentado, que vive en la actual trama posmoderna de horizontes de bajo significado. El hombre, ya sea liberado o esclavizado, convertido en el punto de partida y llegada de todo el cosmos material y simbólico.

Acotando nuestro interés al campo de la economía política, podemos decir que a lo largo de buena parte del siglo pasado, convivieron dos modelos económicos antagónicos: el capitalista y el comunista.

El primero, basado en el libre mercado y en la propiedad privada y el segundo en la más absoluta planificación estatal y en la propiedad común.

Los Estados Unidos de Norteamérica y la ex Unión Soviética fueron los dos polos que condensaron, de manera hegemónica, uno y otro sistema respectivamente.

Con la caída del muro de Berlín (1989) y la posterior fragmentación y disolución de la U. Soviética el mundo presencié, en una primera lectura, no sólo el fin de la Guerra Fría entre las dos superpotencias, sino también el fin de la economía comunista propiamente dicha.

En el 2002 son muy pocos los países que mantienen un régimen político comunista: Cuba, Corea del Norte y China. Pero sus respectivas economías se deslizan, en especial la de la última nación, hacia el dominio del mercado.

¿Qué significa esto? ¿El mercado ganó definitivamente la pulseada? ¿La economía planificada desde el Estado perdió una batalla, pero no la guerra?

Cuando miramos a nuestro alrededor y comprobamos, desde nuestra propia existencia, los enormes problemas estructurales que agobian al triunfante capitalismo tardío, podemos decir que en ciencias sociales (la

economía pertenece a ese grupo de saberes) nada es definitivo y menos absoluto.

Asumir una mirada crítica, es decir, volver a contrastar contra la “realidad”, una y otra vez, las matrices teóricas que sustentan ambas perspectivas económicas siempre resulta saludable.

Mientras el hombre sea el destinatario final de nuestras acciones e intereses y mientras la ciencia sea la herramienta privilegiada para intentar comprender el mundo nada es para siempre y siempre es válido volver a empezar.

Por todo lo expuesto, reseñamos, para poder compararlos, los fundamentos de la Planificación Comunista, tomando como base un texto de Nikitin y los de la Administración Científica, utilizando un trabajo de Taylor. Sumamos a esta perspectiva nuestra visión sobre un tercer escrito: Individualismo Verdadero y Falso, de Von Hayek.

La Planificación Socialista.

Esta planificación tiene por objetivo lograr el máximo desarrollo de la sociedad, intentando hacer participar a la totalidad de la misma, a través de un plan único. Según Lenin, en el socialismo, la sociedad se transforma en “una sola oficina y una sola fábrica”. Este proceso de planificación se inicia en Rusia, a partir de la revolución bolchevique de 1917.

Se denomina entonces Planificación Socialista a la elaboración de los planes de fomento de la economía socialista y a la organización de la producción, de acuerdo con un plan estatal determinado. Podemos decir entonces que la característica más singular de este proceso es su exclusividad, ya que existe un plan único, que organiza a toda la sociedad y que se sostiene a través de la proporcionalidad que armoniza los diferentes eslabones de la producción social. Entre ellos podemos mencionar las siguientes relaciones:

- 1- Fabricación de medios de producción y de artículos de consumo.
- 2- Industria y Agricultura, teniendo en cuenta las diferentes ramas industriales y agrícolas.
- 3- Producción, consumo y acopio.

- 4- Producción y reservas de mano de obra.
- 5- Producción y desarrollo tecnológico.

Esta función planificadora de la economía es una de las expresiones más importantes de la función del Estado Socialista y es precisamente a través de ese Estado que los trabajadores calculan de antemano todas las necesidades de la sociedad y sus recursos de producción para beneficio del pueblo. Para llevarla a cabo se basa en la aplicación de la ley de Desarrollo Armónico. Resulta fundamental en la planificación socialista “Determinar las proporciones de crecimiento de todas las ramas, de manera que aseguren el desarrollo permanente y acelerado y el perfeccionamiento de la producción social” (Nikitin, 1985).

La planificación socialista busca aumentar el bienestar de la totalidad del pueblo. Para ser realmente efectiva, los planes de desarrollo que genera no son simples pronósticos ni suposiciones, sino, muy por el contrario, programas concretos trazados para ser cumplidos durante un período determinado. La concreción de los mismos, por ser entendida como una realidad objetiva, es obligatoria.

Teniendo siempre como eje el principio del centralismo democrático en la planificación, elabora planes corrientes a corto plazo y planes de perspectivas, a mayor plazo. Para que la planificación socialista sea exitosa, resulta imprescindible que se cumpla en un cien por cien y para ello, el control de su ejecución y cumplimiento resulta fundamental.

En la economía planificadora socialista se afianza un elevado nivel de aprovechamiento del potencial instalado y el total uso de los fondos básicos de las empresas. Se utiliza el llamado Sistema de Balances, que permite confrontar “a priori” los planes de desarrollo de las ramas fundamentales de los recursos técnicos y materiales necesarios. Se desarrolla siempre en una constante línea de ascenso y su objetivo es cubrir, sin fisuras, las demandas materiales y culturales de toda la población.

De acuerdo con el planteo socialista, planificar todos los aspectos de la economía resulta beneficioso no sólo para obtener un alto ritmo de crecimiento de la propia economía, sino también, para lograr un mayor desarrollo de la ciencia y de la técnica. Esta explosión económica, que es armónica y

proporcional, origina un permanente y rápido crecimiento de la producción y del nivel cultural y material de la sociedad. Se podría decir que el crecimiento es más acelerado respecto al libre mercado, ya que no existen fábricas que compitan entre ellas. Todas las características de la planificación socialista llevarían al éxito inevitable del socialismo, de acuerdo con los teóricos comunistas.

La perspectiva protagonizada por la ex Unión Soviética nos enseña que tanta centralidad, planificación y control no fueron suficientes para evitar que cayera finalmente agobiada por el peso de su propia burocracia estatal, contaminada por una fuerte corrupción y con un sentido elitista, en aparente contradicción con los fundamentos de la doctrina comunista. Este modelo socialista lleva implícito una rigidez que reduce peligrosamente la iniciativa individual. La creatividad, motor del cambio, de la ciencia y el arte, de la tecnología y de la vida misma, queda atrapada en la inflexibilidad de un único plan centralizado y absoluto.

La Administración Científica.

Esta perspectiva tiene por objetivo optimizar los rendimientos productivos, para obtener una mayor efectividad y eficiencia en las organizaciones, que permita a su vez, lograr un crecimiento de la ganancia, dentro de una sociedad de mercado.

Surgen en occidente, dentro del marco del desarrollo tecnológico a gran escala que guió el proceso productivo capitalista. Podemos decir que una cooperación personal estrecha e íntima entre la dirección y los obreros constituye la esencia de la moderna administración científica (Taylor, 1980). El mismo autor sostiene que esta cooperación "cordial" logra hacer desaparecer todos los obstáculos que se oponen a la obtención de un rendimiento máximo de cada hombre y de cada máquina.

Esta planificación es interna a la empresa o institución en donde se lleva a cabo, pero todas compiten en un mercado, que no se encuentra planificado, ya que el mismo opera de acuerdo con la lógica más absoluta del liberalismo económico.

En el sistema de administración científica existe una diferencia tajante entre los que programan y los que ejecutan las tareas. Los administradores aceptan nuevas cargas, deberes y responsabilidades, como, por ejemplo, instrumentar reglas y fórmulas que guíen a los operarios en la realización de sus tareas diarias.

Los trabajadores se consideran impulsados por motivos económicos y la organización se caracteriza por:

- a- División definida del trabajo.
- b- Personal altamente especializado.
- c- Jerarquías diferenciadas sobre la base del principio de autoridad y responsabilidad.

La administración científica se caracteriza por combinar el estudio de las capacidades físicas de los trabajadores (especialmente referidos al tiempo y al movimiento) con un enfoque económico que considera al hombre impulsado a actuar por miedo al hambre y a la búsqueda de la ganancia, perspectiva que coincide con los postulados de la Economía Clásica.

Taylor plantea la necesidad de instruir y formar un hombre competente para acercarnos a un mayor rendimiento, primero empresarial y luego nacional. Es en la administración sistemática y no en la búsqueda de hombres extraordinarios que se encuentra el camino para optimizar los recursos existentes.

Podemos recordar los cuatros principios fundamentales de este tipo de planificación, enumerados por Taylor:

Primero: Desarrollar, para cada momento del trabajo, una ciencia que reemplace los antiguos métodos empíricos.

Segundo: Seleccionar científicamente al personal y luego, capacitarlo. Con antelación al modelo capitalista, el trabajador elegía a su oficio y se instruía a sí mismo, convirtiéndose primero en aprendiz, luego en artesano y finalmente en maestro.

Tercero: Cooperar gentilmente con los obreros.

Cuarto: Distribuir "equitativamente" trabajo y responsabilidad entre la administración y los trabajadores manuales.

Sin lugar a dudas, es la cooperación del obrero, trabajando con toda su iniciativa, unida a los nuevos sistemas de trabajo implementados por la administración, lo que hace que la administración científica sea tan exitosa como sistema. Cabe señalar que el trabajo de cada obrero es preparado íntegramente por la administración, buscando optimizar la tarea, pero siempre teniendo presente que el trabajador sea capaz de hacer su función durante años, sin temor a resentirse o fatigarse en exceso.

La planificación empresarial debe poseer la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a los vaivenes del mercado en el cual se encuentra inserta.

Un tema para reflexionar es el cambio de las condiciones materiales del actual capitalismo con respecto a las que existían en el momento de desarrollarse la visión operativa que nos ocupa.

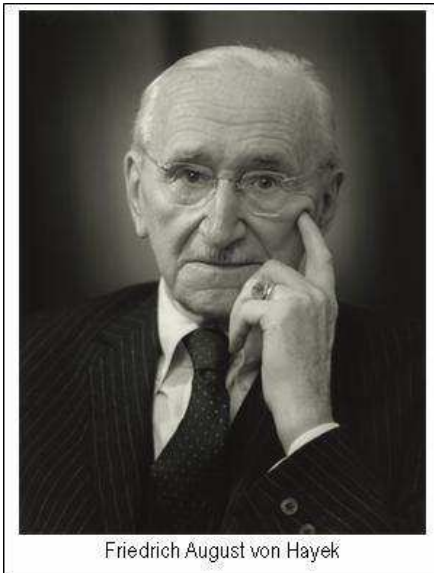
La revolución científica- tecnológica de los setenta propició una nueva manera de organizar la producción. Entre otros aspectos, podemos mencionar: la unidad hombre –capital entró en crisis; se pasó de un sistema de acumulación fondista a otro posfordista; se privilegió el conocimiento sobre la destreza rutinaria; se quebró la separación rígida entre trabajadores manuales e intelectuales y entre gerentes y empleados; la metáfora de la organización pasó de ser una máquina (perspectiva moderna) a ser un pensamiento (perspectiva posmoderna); la comunicación, en todas sus dimensiones, se volvió un capital esencial para reproducir precisamente el capital.

De todos modos, el triunfo de la globalización neoliberal reactualizó ciertos aspectos de la Planificación Científica, sobre todo los referidos a la mano invisible del mercado y a la sujeción del hombre al capital.

Una mirada sobre el texto *Individualismo Verdadero y Falso*, de Friedrich A. Von Hayek.

Resulta interesante la lectura del “individualismo verdadero y falso”, de Friedrich A. Von Hayek en esta época posmoderna en la que estamos inmersos, donde la fragmentación, la resignificación y el reciclaje conceptual intentan invadir todos los ámbitos de nuestra cultura; donde algunos críticos neoliberales ya proclaman, junto a Fukuyama, el fin de las ideologías.

Von Hayek realizó este trabajo en 1949 y estuvo inspirado por otro espíritu de época, muy diferente del nuestro. Señala el peligro que encierra pretender transacciones con principios que él considera (a la manera de Kant) inmutables.



Friedrich August von Hayek

La falta de claridad entre individualismo y socialismo, como una forma heredada del individualismo francés, teñido del racionalismo de Descartes, estaba llevando a la sociedad de su tiempo, después de la segunda guerra mundial, imperceptiblemente hacia el colectivismo, concluyó Von Hayek.

Nuestro autor atribuye esta situación a la no adhesión en materia social a principios fijos. Sería bueno preguntarse qué hubiese escrito hoy cuando, el neoliberalismo económico, a través de la lógica del mercado, llega hasta los más recónditos lugares del planeta, generando para una minoría selecta la mayor acumulación de riquezas y para una abrumadora mayoría los más altos índices de pobreza y exclusión.

Recordemos que Von Hayek fue un economista contemporáneo brillante y uno de los mayores defensores de la economía de mercado. Sostuvo en sus trabajos que el orden político y social basado en la propiedad privada y la libertad de empresa, son el camino que debería seguir nuestra civilización para continuar desarrollándose.

Inicia su obra *Individualismo: verdadero o falso*, planteando su preocupación por la tendencia que nota en la sociedad occidental de encaminarse hacia el socialismo. “Estamos retrocediendo de una sociedad de hombres libres, hacia otra de carácter completamente colectivista... Estamos pasando de un orden que descansa en el reconocimiento general de ciertos principios a un sistema en el que el orden es creado por órdenes directas de la autoridad”.

El autor plantea la necesidad de la existencia de principios generales que gobiernen al sistema social. Adjudica a la influencia declinante de la religión como una causa importante de nuestra falta de orientación moral e intelectual. Busca una filosofía política que vaya más allá de los principios religiosos y

morales. Intenta ubicar a la filosofía individualista como una guía práctica para saber los alcances de las acciones de gobierno. Pretende clarificar las diferencias que existen entre el verdadero individualismo y muchos otros que son, a su criterio, falsos. El Verdadero individualismo constituye una teoría de la sociedad, un intento de comprender las fuerzas que gobiernan la vida del hombre, complementadas con una serie de máximas políticas derivadas de aquel concepto sobre la sociedad.

Von Hayek, alinea a ciertos autores con el verdadero individualismo: Locke, Mandeville, Hume, Ferguson, Smith, Tocqueville, Burke y a otros dentro del falso racionalismo: enciclopedistas y fisiócratas.

El autor expresa su preocupación porque el seudo individualismo racionalista lleva a la sociedad al colectivismo práctico. No existe otro camino para tratar de entender los fenómenos sociales, sino a través de nuestra comprensión de las acciones individuales, dirigidas hacia otras personas y guiadas por su esperada conducta. Estos argumentos, bases indiscutibles del individualismo, los opone a otros que son la base del pensamiento colectivista. Sostiene enfáticamente que el espíritu de época pretende erróneamente interpretar de forma directa los conjuntos sociales, como si fueran entidades sui generis independientemente de los individuos que las componen.

Von Hayek en su intento por esclarecer las diferencias entre el verdadero y el seudo individualismo, coloca a la razón en el centro del debate.

El seudo individualismo de Descartes, detectado en las obras de Rousseau y de la Revolución Francesa, exagera en los poderes de la razón individual y en consecuencia del deprecio por todo lo que no ha sido conscientemente guiado por ella, o no es completamente inteligible. Este racionalismo ha demostrado ser un grave obstáculo para la comprensión de los fenómenos históricos. El verdadero individualismo de la escuela británica tienen conciencia de las limitaciones de la mente humana, lo que determina una actitud de humildad hacia los procesos sociales anónimos e impersonales, por lo cuales los individuos ayudan a crear cosas más grandes que las que ellos saben.

Las naciones descansan en instituciones que son el resultado de la acción humana, pero no el resultado del designio humano.

El desarrollo teórico de Von Hayek al resaltar que el hombre crea estructuras más grandes de lo que su mente comprende, nos remite a la actual idea de mercado, en el que cada agente económico realiza su aporte, pero está, junto con los demás, sumido en un juego mayor, muchas veces impredecible, que lo contiene y define a la vez.

Von Hayek manifiesta que la confusión conceptual entre individualismo y pseudo individualismo ha ocasionado una distorsión en desmedro de la comprensión total del verdadero individualismo. Este autor intenta en su obra bucear en la verdadera naturaleza humana para clarificar más sus conceptos económicos y políticos.

Quizá la mejor ilustración de los corrientes errores de interpretación del individualismo Adam Smith, sostiene Von Hayek, es considerarlo como racional.

Muy por el contrario, para Smith, el hombre era por naturaleza perezoso, indolente, imprevisor y derrochador. Sólo la fuerza de las circunstancias, no de la razón, lo pudo hacer comportar de manera económica y cuidadosa para ajustar sus medios a sus fines.

El liberalismo, que apoyó Smith, construyó un sistema bajo el cual todos los hombres, fueran perversos o no, podían infligir menos daño al hacer uso de los hombres, en toda su variedad y complejidad. Su finalidad fue formalizar un sistema bajo el cual resultó posible conceder la libertad a todos en vez de restringirla sólo a los buenos y sabios, como sus contemporáneos franceses querían instaurar.

Smith plantea que el egoísmo y o la razón es la fuerza primigenia, individual que, proyectada a lo social, genera, a pesar de ella misma, un bien mayor que sin dudas no puede prever ni planificar.

Siguiendo la línea del pensamiento del verdadero individualismo, alineado con las ideas económicas clásicas y neoclásicas, podemos afirmar que la preocupación de los grandes autores individualistas, fue encontrar un grupo de instituciones mediante las cuales el hombre pudiese ser inducido y contribuir tanto como fuese posible a las necesidades de los demás. La propiedad privada proporcionaba tales incentivos.

Con respecto al egoísmo, que disgusta tanto a los detractores del individualismo, el autor puntualiza que hay que diferenciarlo de los intereses y

deseos que guían la conducta del hombre libre y que no necesariamente deben ser egoístas.

Von Hayek sostiene que el hombre no puede conocer más que una pequeña parte del conjunto de la sociedad que los rodea. Sus motivaciones por lo tanto están referidas a su contexto inmediato. No obstante esas limitadas preocupaciones contribuyen a fines que originalmente no fueron pensados a través del mercado.

No existe la razón humana con mayúscula, en singular, es a través de un proceso social mucho más rico que se manifiesta. La contribución de cualquiera es puesta a prueba y corregida por otros. Es precisamente por la desigualdad básica entre los hombres, por sus diferentes motivaciones, que debemos crear las condiciones sociales para tratarlos con igualdad. Una vez más el autor vuelve a enfrentar el individualismo con el colectivismo al citar a Tocqueville "Hay una gran diferencia entre tratar a la gente con igualdad e intentar hacerlos iguales". Obviamente la primera es la condición de una sociedad libre y la segunda no.

Deben existir reglas que se refieran a conductas concretas definidas. El individualismo reclama la construcción de un marco jurídico que acote la acción del Estado frente a los particulares.

Resulta necesario, no obstante, en la multiplicidad de acciones y resultados generados por la libertad individual, determinar el área de responsabilidad de cada actor social.

"El principio más general sobre el cual un sistema individualista se basa es el de utilizar la aceptación universal de los principios generales como medio para crear el orden de los asuntos sociales". Pero resulta necesario "materializar" este concepto en reglas prácticas y específicas. Esta política liberal debe ser de largo alcance para que los individuos puedan proyectarse dentro del orden social.

Si el ser humano ha de tener libertad de elección, es inevitable que deba soportar el riesgo inherente a tal elección y que en consecuencia sea retribuido, no por la bondad o maldad de sus intenciones sino sobre la base del valor de los resultados logrados para otros.

Surge entonces, con toda su potencia, el concepto de mercado competitivo como un instrumento ideal para llevar a cabo el complejo juego entre la libertad y el control social.

Para esta filosofía, el Estado debe ser una pequeña parte dentro de un organismo mucho más rico, dinámico y multidimensional que es el de la sociedad propiamente dicha.

Hoy, en los comienzos del siglo XXI, siendo ya historia el atentado a las Torres Gemelas y al Pentágono en los EE.UU., como la posterior invasión sobre Afganistán, estamos viendo con el triunfo de las concepciones neoliberales, las tremendas secuelas sociales que trae aparejadas la reducción salvaje del Estado, al dejar de lado una de sus finalidades esenciales: su intransferible acción tuitiva y social.

Von Hayek señala que el verdadero individualismo sostiene el valor de la familia, de los simples esfuerzos de la pequeña comunidad, del grupo y de las asociaciones voluntarias. Afirma que muchas de las tareas realizadas a través de la colaboración acotada pueden ser más eficientes que las implementadas por una acción colectiva del Estado.

Este enfoque es una de las bases ideológicas que con clara evidencia surge de los dictámenes, informes y políticas alentadas por los organismos financieros y económicos internacionales y armoniza con el surgimiento de las ONGs, como actores sociales colectivos, ligados a la sociedad civil. Todo discurso de un político neoliberal, ya sea el de López Murphy o Macri, a nivel nacional, como el de Bush o Aznar, a nivel internacional, se encuentra en sintonía con los conceptos desarrollados anteriormente.

Von Hayek en su intento por dejar clarificado el planteo del verdadero individualismo como base de la aplicación de estas políticas, enmarca al sistema inglés en contraposición con el desarrollo en el resto del continente europeo. Este último, mediante el racionalismo, tendió a la centralización, el nacionalismo y el socialismo.

La filosofía individualista tiene como lecho de piedra la democracia, la libertad y la igualdad:

- Democracia que nace de sus principios básicos, con una marcada desconfianza en las decisiones de la mayoría.

- Libertad de acción tan amplia como posible, dentro de un marco legal y accionado dentro de los parámetros de un Estado reducido a sus servicios esenciales.
- Igualdad de trato ante la ley, lo que no implica “hacer iguales a las personas”.

Concluye von Hayek que el auténtico individualismo es aquél que manifiesta humildad hacia los procesos “mediante los cuales la humanidad ha logrado cosas no creadas por ningún individuo y son en efecto más grandes que las mentes individuales que las gestaron”.

Resulta evidente que a lo largo de su obra, nuestro autor intenta la construcción de una filosofía política con base en el individualismo. Se propone esclarecer, desde su óptica, diferentes matices y corrientes y centra su pensamiento en un hilo conductor que lo vincula estrechamente con Adam Smith y los pensadores que gestaron la visión clásica de la Economía.

A manera de conclusión.

La hegemonía de la visión política- económica liberal se manifestó en el mundo claramente a partir de los '70, con la crisis del petróleo, cuando comenzaron a desmoronarse los Estados Benefactores y dieron paso a los Posociales, ya sea en los países centrales como en los periféricos.

La preponderancia del mercado, con su calculada lógica economicista, impregnó todos los estamentos de una sociedad planetaria, que comenzó a pensarse y a articularse como globalizada. El Estado hizo suya la mecánica de costo- beneficio y pasó a reducirse, generando la mayoría de las veces un alto costo social.

Pero esta visión actual, individualista a ultranza, que privilegia la mano invisible del mercado, se continúa enfrentando conceptualmente y desde las prácticas con otras visiones de planificación económica, no sólo con la comunista. Después de la crisis de los años treinta, John Keynes impulsó, precisamente para revitalizar al capitalismo, una perspectiva teórica de intervención estatal, conocida como Keynesianismo. Keynes sostuvo que el Estado no sólo debe regular las reglas del juego, sino que fundamentalmente

es el responsable de crear las condiciones necesarias, materiales y simbólicas, para el desarrollo sostenido de los pueblos. Y cabe recordar que hasta mediados de los sesenta ese fue el paradigma hegemónico sobre el que se organizó la economía mundial y no el liberal. Además, nunca occidente evidenció una tasa de crecimiento igual como durante ese período.

Pero al iniciarse este nuevo siglo XXI, la clásica tensión entre individualismo y colectivismo, neoliberales y estadistas, parecería haber sido superada ante el triunfo del capitalismo tardío. No obstante, a pesar del pensamiento único, que convalida la supremacía indiscutida de los EE.UU., acompañado por la Comunidad Europea y Japón, son muchas las grietas que se dibujan en el mapa del Imperio Global: cada vez son más los actores sociales que quedan excluidos de los beneficios de esta supuesta sociedad mundial, llegando a abarcar países y regiones enteras del planeta. Hoy de los 6000 millones de habitantes de la Tierra, más de la mitad viven por debajo de la línea de pobreza, es decir con menos de dos dólares por día. Nuestra devaluada y desbastada Argentina posee, por desgracia, los mismos índices de "hambre" que el promedio mundial. Junto con esta pobreza, que debería avergonzar al establishment internacional, aumenta la violencia en todas sus formas: terrorismo, delincuencia, drogadicción, alcoholismo, prostitución, epidemias y pandemias, falta de seguridad social, de educación... de futuro.

Después de esta triste enumeración quizás valga la pena seguir pensando acerca de cuál es la mejor manera para generar, administrar y repartir ese codiciado excedente económico, producto de la inteligencia y del trabajo del hombre, que por lo visto todavía no ha podido beneficiar a la mayoría de la humanidad.

Quizás el desafío se encuentre en una nueva forma de articulación, que logre armonizar la vieja puja de los dualismos enfrentados y excluyentes. Tal vez el desafío es construir una nueva realidad, teórica y material, sobre los complementos de la necesidad y no sobre los opuestos de la contradicción. Intentar transitar un nuevo camino entre los tradicionales extremos puede ser una alternativa válida.

¿Por qué tener que elegir entre la libertad absoluta del mercado, teñida de violencia y egoísmo y la política social estatal, manchada de burocracia y

opresión? ¿Por qué tener que elegir entre la creatividad individual y la planificación colectiva?

El final no está escrito. Depende, como siempre en este mundo, de cada uno de nosotros.

Bibliografía

- Alegre Gálvez, Eduardo, *Cartas de Lector, Utilizando los medios para pensar la crisis*, Buenos Aires, Editorial A&A, Serie Problemáticas Contemporáneas, 2002.
- Alegre Gálvez, Eduardo, *“La Planificación en tiempos de la globalización”*, en autores varios, La Plata, Editorial EPC, Ediciones de Periodismo y Comunicación, UNLP, 2002.
- Alegre Gálvez, Eduardo, *“Democracia desde las orillas”*, en *Iberoamérica, el desafío de gobernar la globalización*, autores varios, Madrid, Editorial Comunica, 1999.
- Baumann, Michael, *El mercado de la virtud*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1998.
- Bluestone, B; Harrison, B., *Prosperidad*, Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura económica, 2001.
- Bourdieu, Pierre, *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1999.